

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

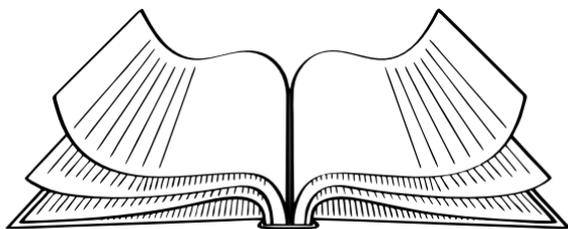
Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
OCTUBRE-NOVIEMBRE
2019





**Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM**



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 24

www.porescrito.org

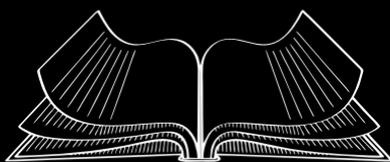




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

El milisegundo que se hace postal Mateo Mansilla Moya	7
Y así nos hicimos tinta Mateo Mansilla Moya	8
¿Qué se necesita? Juan Carlos Padilla Monroy	9
Aves negras Emilia Daer	10
Aquí abajo Daniela Isabel Ortiz	11
Como las supernovas Miguel Amilachwari B.	12
Tres poemas Enrique Héctor González	13
Del jardín Iván Gutiérrez	16
Consecuencias Iván Gutiérrez	17

FIRMAS

Hay cenizas que amamos Yamil Narchi Sadek	19
Por ti María Elena Sarmiento	20
Decisiones María Elena Sarmiento	21

La Beltraneja	
Cecilia Durán Mena	24
Geometrías	
Cecilia Durán Mena	27
Parasomnias	
Andrea Fischer	31
La hora gris	
Virginia Meade	34

IMAGINARIO 38

VOCES

Encuentros	
Francisco Duarte Cué	50
La llama de una vela	
PoesisXIX	51
Sin filtro	
Martha Patricia Olmos	52
Tamales oaxaqueños	
Iliana Espinoza Rivera	53
Veladoras	
Susana Corcuera del Río	57
Fue lo que dijo	
Scarlet Oliva	59
Una manda pendiente	
Eduardo Caballero D.	62

Hablando por escrito

Editar una revista es un proceso arduo del que poco se habla y que me gustaría compartir con nuestros lectores: se mezclan ideas, sentimientos, gustos y el material con el que trabajamos es delicado y complejo. No es como fabricar automóviles u hornear pizzas porque no existe un proceso cuyas instrucciones se puedan seguir como quien descifra un mapa ni hay recetas cuyos ingredientes nos puedan dar un resultado semejante al de la vez pasada. Esto es algo distinto. Me gusta imaginar que editar cada número es un trabajo similar al que hacen los artesanos que se dedican a producir vino. Es decir, un vinatero no se dedica a envasar líquidos en una botella y ya; tiene que preparar el terreno, abonar la tierra, propiciar el crecimiento de las parras, podarlas, cuidarlas, acompañarlas a lo largo del proceso, luego cosechar los frutos y cuando sienten que ya están a punto, cuando las uvas están en sus manos, es justo el momento en el que van iniciando el camino del vino. Habrá que dejar que el tiempo haga su trabajo, se impregne en el fruto que formará el caldo y le dé el mejor sabor.

También nosotros, en cada número, recibimos textos e imágenes de autores que tienen la esperanza de que sus trabajos sean publicados. Cada pieza que nos llega vivió y anduvo por su propio sendero junto con el creador, pero llega el momento en que se desprende y vuela a nosotros para ser valorados. Sólo los más afortunados llegarán a las páginas de la revista y a ser leídos en el programa de radio. Muchos textos nos hacen dudar y nos tomamos tiempo para hablar de ellos, para apreciarlos y degustarlos, otros tienen un veredicto unánime de inmediato: pasan la aprobación y se publican o no. Precisar el criterio que define un rumbo o el otro es casi imposible. Podría hacer una lista de los elementos que no se toman en cuenta para que un texto se publique, pero no hay una fórmula inequívoca que nos lleve a una especie de manual. No funciona así.

Y, por curioso que parezca y por contradictorio que pueda resultar, ese razonamiento indefinible nos ha llevado a tener una revista que cumple con el objetivo de atrapar lectores para no dejarlos ir. Nos gusta publicar estos textos e imágenes que llegan al alma por su complejidad igual que por su sencillez, que sorprenden por su

corrección y por la habilidad en el uso del lenguaje, que tienen una técnica expresa o casi invisible. No obstante, lo que más me gusta publicar es aquello que sorprende al lector, textos e imágenes que se le meten en la consciencia a quienes acceden a ellos y no los dejan para ser abandonados en el olvido.

Es el placer que no se consigue con reglas, cronómetros, pesas o balanzas el que nos lleva a escogerlo que será publicado. Buscamos que cada una de estas páginas sea degustada, ambicionamos que sean devoradas y que el regusto que queda después sea perdurable. Nos gustaría que ese sabor —como el aroma de un buen vino— se nos quede en la memoria para hacernos una buena compañía.

Sabemos que lo mejor de los textos que publicamos no es la historia o el final, sino la exquisita forma que tienen de plantear las imágenes y plasmar en el papel las profundas sensaciones que nos comparten. El lector las interioriza, y cuando la belleza lo permite, el lector las vuelve, también, parte de su vida.

Por eso, porque ahora puedes recorrer la mirada por estas páginas, siento la necesidad de contarte sobre el proceso que nos lleva a editar *Pretextos literarios por escrito*. Por la sola razón de que necesitamos de tu complicidad para que este anhelo se convierta en realidad. Porque aunque no existe una receta explícita, sí hay un conjuro que provoca ese punto de encuentro en el que nos ponemos en contacto y así, frente a tu mirada, todo tiene sentido.



Paúl Núñez

El milisegundo que se hace postal

Mateo Mansilla Moya

Brisa y olor de estrella fugaz:

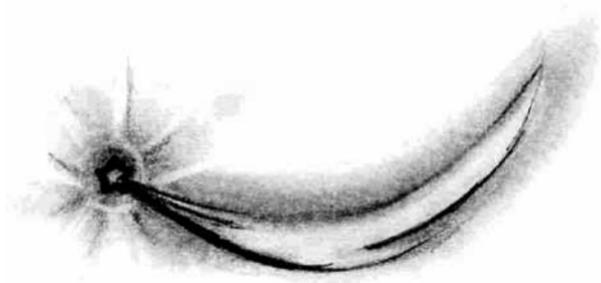
la imagen que perdura

de quien

llega,

sonríe

y se va.



Paúl Núñez

Y así nos hicimos tinta

Mateo Mansilla Moya

Y así nos hicimos tinta:
nos marcamos en lugares,
grabamos nuestros nombres en cuevas urbanas,
nos escurrimos por lienzos de piedra y acero
que acariciaban al cielo
y fuimos indelebles.

Nos pensamos y nos repensamos
y nos convertimos
en nuestras propias ficciones
y así construimos nuestra historia.

Y cuando a la luz del sol
la reflejaba la luna,
cambiábamos de página
y llenábamos espacios vacíos entre líneas
con historias
en una lengua diferente a la del mundo:
una lengua nacida de nuestras lenguas
mojadas con rayo de luna.

Nuestros sonidos se habían convertido en melodías.
Las frases eran versos;
nosotros, poesía.

Y entonces éramos
tinta, papel e historia
que, al mismo tiempo
que nos escribíamos,
nos leíamos,
para no solo estar,
sino seguir estando
y poder ser.



Paúl Núñez

¿Qué se necesita?

Juan Carlos Padilla Monroy

Qué necesita el alma
para sentirse fuerte:
mitigar dolor
o encontrar la calma.

Qué necesita Dios
para realizar prodigios:
consentir piedad
o rezar tus labios.

Qué necesitan mis versos
para hallar tus razones:
preguntar motivos
o duplicar sus rezos.

Qué necesitas tú
para decidirte:
cruzar el umbral
o esperar la muerte.

¡¿Qué necesitas?!
- *Tiempo* – respondes,
pero ¿qué es el tiempo?

sino lo que experimenta el alma
para elevarse al cielo,

lo que espera Dios
para obrar milagros,

lo que falta a mis versos
para arrancar tus secretos,

lo que necesitas tú
para ver la luz
y convencerte.



Paúl Núñez

Aves negras

Emilia Daer

A veces cuando los símbolos
se comportan como aves negras
y reproducen memorias infaustas
en las que tus recuerdos aún me laceran,
deseo que la furia de un vendaval
se lo lleve todo , y que las páginas
que en adelante mi voluntad escriba,
batallando con las lides del destino,
se conviertan en el testimonio de lo bello
y sincero que mi espiritualidad alberga,
esperando nuevos despertares.
Sin embargo, en el imperio de los
sentimientos que guardo,
la ruina de las antiguas ciudades
impone su geografía de páramos desiertos,
y las aves negras no han cesado de revolotear
buscando desgarrar nuevas presas.



Paúl Núñez

Aquí abajo

Daniela Isabel Ortiz

Es diferente aquí abajo:
allá, con pájaros engañados,
luego de truenos cómplices,
el cielo simula colores,
ignotos nuestros pantanos.

Aquí, una madre blasfema
al pie de una cruz de cloaca.
Sus ojos vacíos reclaman
una gota que derribe al mundo
y devuelva el hijo engañado
a su impío vientre de roca.



Paúl Núñez

Como las supernovas

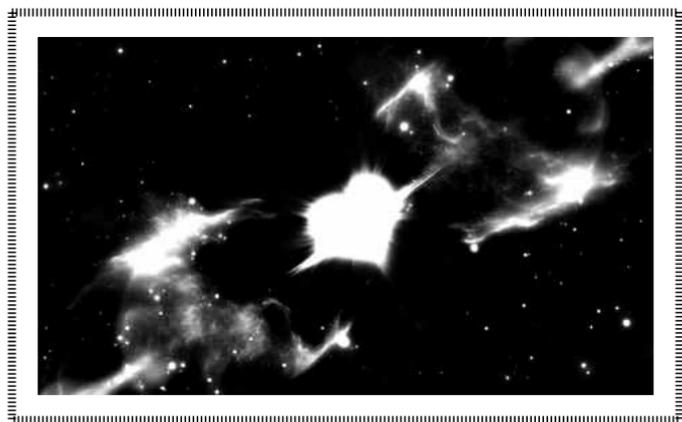
— Miguel Amilachwari B. —

Finge mi amor como las supernovas
en su aceleración por un perenne cosmos,
podría ser tan esquivo y apresurado
afinca éste por un momento.

Compite el locuaz con las supernovas cuáles rivales...
más, allane su rasgo a una humanidad descortés,
mi amor no es una casual verdad aceptada
capaz su locura de retar la energía oscura.

Libre vaga ese errante amor por el universo...
antes y ahora cumple su encomienda
guarde su tarea con todo y vacilante energía.

Las tinieblas estelares no esgrimirán sus barricadas
triunfe él a pesar del óbice y ese freno
navegar por un espacio y tiempo a sus anchas



Paúl Núñez

Tres poemas

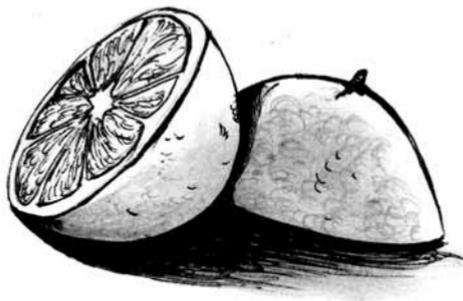
Enrique Héctor González

1

Para partir una naranja
se necesitan, además de la naranja
y un cuchillo y una superficie
donde apoyarla y la necesidad
de partirla (o por lo menos
la voluntad de ejecutarla
sin piedad) y un poco de luz
para no cortarse la mano
y un poco de sentido común
para saber cuánta fuerza aplicar
y un poco de paciencia o pericia
si la cáscara se resiste,
se necesita, digo,
saber qué vas a hacer
con dos mitades idénticas.

2

Algo se lava y limpia, algo
en la mirada
se tuerce, algo
dobla en el espejo
su imagen, algo se escabulle
para siempre en la nuca
del aire, algo que desaloja
un lugar; una cierta espera;
algo
que no dice su nombre,
esa sombra
que reduce
todo a nada, algo
que permanece y sin embargo
espera en el espejo
la luz
que lo redima.



Paúl Núñez

3

Entre piedras y cristales
entre prados depravados de luciérnagas
entre gritos sagrados o agradables
conjuros del polvo
en la raíz de las cosas
 la luna
instala su epitafio de estiércol
lentamente
en la luz que se pudre entre las piedras
en la niebla que anula la luz de las cosas
 en la luz
que espiga sombras lunares
y lunares de niebla en la raíz
del polvo y en las piedras
intactas
de tu mirada
 en la luz
en la luna
en la luciérnaga inaudita de tu boca
que habla niebla
cuando beso
la raíz de tu mirada



Del jardín

Iván Gutiérrez

De tus labios nacen raíces que juegan en mi boca,
Descienden por mi garganta hasta invadir mi cuerpo.
Se alimentan de miradas, de palabras.
Para después brotar y florecer como un jardín oculto,
Que sólo tú conoces, al cual regresas cada noche para
empaparte
De ese olor fresco de flores y tierra mojada.
Dónde le has contado al oído tus secretos a los oyameles
Y con tus dedos has dibujado tu silueta sobre el musgo
húmedo.
Dónde el viento ha soplado tantas veces tu nombre,
que ya es el único aire que respiro.



Paúl Núñez

Consecuencias

Iván Gutiérrez

Se detienen un instante, se contemplan.
Del pecho un leve suspiro los empuja,
Un mimetismo los confunde, los asusta.
Y sin embargo los acerca, los une.
De las miradas los esconde, de la realidad los aísla,
Del dolor los exonera y de las consecuencias los libera.



Paúl Núñez

marzo 2020

LA CELESTINA

de Fernando de Rojas

Adaptación e idea original de Rosenda Monteros

Dirección Ruby Tagle

COMPañía NACIONAL de TEATRO



Teatro del Bosque Julio Castillo
del Centro Cultural del Bosque

Paseo de la Reforma y Campo Marte S/N,
col. Polanco Chapultepec, Miguel Hidalgo, CDMX

Duración aproximada 160 minutos
Mayores de 12 años
Entrada general \$150, Jueves \$30

En coproducción con Arte & Cultura Grupo Salinas y Teatro del Bicentenario Roberto Plascencia Saldaña

Martes a viernes 18 h
Del 19 de febrero al 6 de marzo

Teatro del Bosque Julio Castillo
del Centro Cultural del Bosque
Paseo de la Reforma y Campo Marte S/N,
col. Polanco Chapultepec, Miguel Hidalgo, CDMX

Duración aproximada 80 minutos
Mayores de 12 años
Entrada general \$150

Sábado 19 h y domingo 18 h
Del 22 de febrero al 8 de marzo



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA

INBAL

ESTADO DE MÉXICO

Programación sujeta a cambios

INBAL 01800 904 4000 - 5382 1964 - 1000 5826



INBALmx



@bellasartesmba



bellasartesmo

www.gob.mx/cultura

www.mexicoescultura.com

www.gob.mx/cultura/inba

Con el elenco estable de la Compañía Nacional de Teatro
Informes y reservaciones: publicos.cnteatro@inba.gob.mx
Inscríbete a SeguidoresCNT en la página
www.seguidorescnt.com

Hay cenizas que amamos

Yamil Narchi Sadek

Hay cenizas que amamos:

en los vagones del tren
que se fue sin nosotros,
sobre la cama que tanto estuvo enferma,
entre los labios y entre las piernas.

No importa cuánto nos sacudamos
las cenizas de aquel tabaco,
cuánto vaciemos las pipas
o lavemos al mundo.

No importa qué licor usemos
para despegárnoslas de la piel:

entre residuos de ascuas,
un reloj de cenizas
espera.



Paúl Núñez

Por ti

María Elena Sarmiento

Porque me quieres embisto al mundo y lo desafío.

Camino a veces con la manada y, de vez en cuando, tengo la fuerza de andar mis pasos, equivocarme o salir airosa en otro lado.

O puedo incluso dulcificarme y obedecer a quien me mande.

Porque me quieres soy invencible.

Y me doy el lujo de acomodar las vidas de otros.

Y me río y lloro y respiro
porque me quieres.

Y un día comprendo que tú no existes.

El que se acuesta junto a mi lado
no es el mismo que he imaginado.

El que me adora está en mi mente y aunque compartan el mismo nombre, la misma cara y un solo espacio... ¡No son el mismo!

Y me pregunto cómo he podido salir triunfante de mil batallas.



Paúl Núñez

Decisiones

María Elena Sarmiento

—Ma, necesito hacer un trabajo para la escuela sobre una mujer a la que admire.

—¿Qué te gustaría: científica, aventurera, dirigente de un país, artista?

—Isabel la Católica.

—¿De verdad? ¿Por qué consideras a una fascista?

—¿Qué es eso?

La madre piensa en decir: “por autoritaria, antidemocrática y asesina”, pero si lo hace, tendrá mucho que explicar.

—Es alguien que no tiene límites cuando toma el poder, mi hijita.

—Sí, Ma, por eso me gusta. Porque decidió correr el riesgo de perder sus joyas con tal de ayudar a Cristóbal Colón en su sueño de llegar a las Indias.

—Créeme que no quieres elogiar a alguien así. ¿Sabías que expulsó a todos los judíos que vivían en España en su momento a pesar de que llevaban ahí más de 1500 años?

—¿Por qué hizo eso? Alguna razón tuvo que tener.

—Por motivos políticos y económicos, mi amor. Los judíos eran gente muy rica y no podían irse con todo su dinero.

—Bueno, tal vez eso fue una decisión equivocada, pero tú me has dicho que cada uno somos el resultado de las decisiones que hemos tomado en el pasado. Tal vez necesitaba el dinero para algo, pero la decisión de ayudar a Colón hizo que descubrieran un nuevo continente. Eso tiene que sumarle muchos puntos en su score como persona. ¿No?

—Pues sí, Fabi, pero...

La niña se mete a internet a buscar datos sobre su nuevo ídolo y la madre guarda silencio. Sabe que cualquier cosa que le diga mientras está clavada en el celular es palabra perdida. La niña es capaz de responder en automático, pero no registra dos cosas a la vez.

—Esto está muy largo. Voy a buscar otra página. Ésta está mejor. Mira, Ma, dice que la van a beatificar. Voy a iniciar mi tarea con la oración que recomiendan para pedir por ella:

Padre Todo poderoso, que en tu bondad infinita hiciste de

Isabel la Católica un modelo de jóvenes esposas, madres, líderes y jefes de gobierno, concédenos la gracia de ver tu infinita majestad glorificada en su propia canonización. Un modelo de mujer cristiana y de espíritu misionero, compasiva y entregada abnegadamente al servicio y al gobierno del pueblo.

–Estás en una escuela laica para apartarte de ese tipo de oraciones, mi cielo. ¿Cómo vas a pedirle a Dios que nos ayude a beatificar a una mujer que no sabes cómo es? No pongas eso en tu tarea.

–Quedó muy bien, Ma. Es sólo una especie de epígrafe. Dices que a veces es bueno incluirlos para ayudar a que se sumerjan en el ambiente que necesitas para que te lean. ¿Ves que te hago caso? Déjame buscar qué más escribo.

–Mejor busca a otro personaje, tesoro. Isabel la Católica fue la madre de la Inquisición española. Imagínate a cuántos torturaron en nombre de Dios.

–No creo que ella haya torturado a nadie, Ma. No sé de qué hablas si era súper católica. Según la serie que vi en la tele, rezaba todo el día.

–Sí, Fabi, y quería imponer el catolicismo en España. Condenaba a todo el que no fuera como ella. No creo que a los que martirizaban les haya caído muy en gracia. ¿O tú qué piensas?

–Ay, mamá, siempre ves las cosas de una forma diferente a los demás. Si Isabel no hubiera sido tan buena reina, no habría pasado a la historia como la Católica y aquí hasta calle tenemos de ella. ¿Te imaginas que hubiera reinado Juana la Beltraneja, la legítima heredera? Ya vi la serie, Ma, la historia hubiera sido mucho peor. Isabel es la que logra unir a España porque se casa con Fernando, el heredero de Aragón. Si no, en lugar de un país seguirían siendo reinos divididos.

–Fabiola, no creas todo lo que ves en la tele. Usa tu criterio. Mira, Isabel es la que inventó la Santa Hermandad, que sirvió como policía judicial y castigaban a quien querían sin juicio alguno. ¿Te imaginas?

La niña ya no escucha. Sigue escribiendo su trabajo con lo que copia de internet.

–Bueno. Cada quien toma sus decisiones. No me haces caso.

Hoy yo no haré la cena. A ver qué te inventas para no quedarte con hambre. No entiendo que una hija mía pueda elegir a una tirana así como alguien para admirar.

–Fascista –le suelta la hija–, yo hago mi tarea y tú me cuidas. Si yo cumplo, tú no puedes renunciar.



Paúl Núñez

La Beltraneja

Cecilia Durán Mena

Esta es la peculiar historia de una monja que murió recluida en el convento de Santa María en Coimbra, Portugal. Ingresó a la vida religiosa a los dieciocho años, con la piel joven y el alma arrugada. Sus simpatizantes se referían a ella como *La excelente señora*, sus detractores la apodaron La Beltraneja y ella, que hasta el fin de sus días se tituló como reina de Castilla, rubricó todos los documentos con el lema **Yo, la reina**. No, la mujer no estaba loca, aunque a muchos les hubiera encantado que así fuera. Una mujer que nació y vivió rodeada de escándalos e intrigas palaciegas.

¿Quién fue esta singular religiosa recibió múltiples propuestas de matrimonio a pesar de que la belleza no fue uno de sus atributos distintivos? ¿Por qué a pesar de ejercer como una sencilla monja recibió tantas visitas tan celebres? ¿Cuál fue la razón por la que su persona captó en más de una ocasión la atención papal? ¿Quién fue la Beltraneja?

Se trata de Juana, la hija del rey Enrique IV, rey de Castilla y de Juana de Portugal, quien nació en Madrid en el año de 1462, en medio de un escándalo que inútilmente se intentó cubrir con sigilo pues se dice que su padre, a quien apodaban El Impotente y era famoso por su descuido y falta de entusiasmo en los deberes conyugales, tuvo dentro de los favoritos de su corte a Don Beltrán de la Cueva un hombre que se ganó la confianza del rey y dicen las malas lenguas, los favores de la reina.

Los conspiradores de la corte recibieron el nacimiento de la pequeña con disgusto y preocupación. Los nobles que apoyaban a Enrique IV recomendaron al rey proteger los derechos sucesorios de la niña, por lo que a los dos meses de edad, Juana de Castilla es nombrada como princesa de Asturias y por lo tanto legítima heredera al trono.

Pero hay gente que nace marcada por intereses que no se resuelven con un nombramiento. Los rumores de que la niña no era hija del rey crecieron. El grupo de nobles conspiradores, consiguieron alejar a Don Beltrán de la corte y al poco tiempo redactaron el Manifiesto de

Burgos en el que le hacen saber al rey que consideran que su hija Juana no debería ser la legítima heredera al trono, por considerarla bastarda, declarando además, que el heredero debería ser el Infante Alfonso, hermanastro del rey.

Un temeroso Don Enrique intenta solventar la situación proponiendo una solución conciliadora y les propone casar a su hija Juana con su hermanastro Alfonso, pero los conspiradores no aceptan. Entonces, el monarca discurre salvar la situación ofreciendo al Rey de Portugal, Alfonso V, la mano de Juana de Castilla, para su hijo Juan, es decir, un matrimonio entre primos hermanos.

A pesar de la debilidad de carácter de su y de todas las intrigas palaciegas, la pequeña Juana crece junto a su madre al margen de tantos intereses sucesorios, mientras sus tíos Alonso e Isabel, hermanastros de Enrique IV agitan la revuelta que culmina en la Farsa de Ávila en la que deponen simbólicamente al rey y colocan en el trono al infante Alonso. Los intrigantes separan a la pequeña Juana de su madre hasta que las huestes favorables a Don Enrique lo restituyen como cabeza del reino. A esas alturas ya nadie se dirige a la princesa de Asturias con otro nombre que no sea el de la Beltraneja.

Los nobles que insisten en que el trono de Castilla no debe ser ocupado por una bastarda sufren un fuerte revés con la muerte repentina del infante Alonso que se dice fue envenenado, pero no se resignan a ver a la Beltraneja como su futura reina y convencen al rey de privilegiar a su hermanastra Isabel en la línea sucesoria al trono. Enrique IV accede a la presión de Isabel y firma el tratado de Cadalso de Vidrios, desheredando definitivamente a su pequeña hija.

Enrique IV muere envenenado con arsénico e Isabel, apoyada por el rey Fernando de Aragón se autoproclama reina de Castilla. La Beltraneja tiene doce años y a esa corta edad se ve envuelta en una guerra civil, con huestes que la apoyan, con el favor de su tío el rey de Portugal y teniendo que enfrentar el embarazo de su madre producto de un romance más. Pero la fidelidad por una niña es fugaz y el ejército de los reyes católicos es más poderoso. Fernando e Isabel reciben el apoyo de Francia, de Inglaterra y del Papa Sixto IV. La Beltraneja huye a Portugal.

En Lisboa espera por años la dispensa del Vaticano para casarse con su primo Juan y ser reina consorte, pero el Papa se desdice y el matrimonio no puede llevarse a cabo. Isabel y Fernando no quieren que la Beltraneja cerca del poder.

Ingresa al convento acompañada de testigos de la corona de Castilla y Aragón. Ahí recibe peticiones de matrimonio que nunca se concretan. Y pasan los años y la monja vive entre paredes de piedra una vida de religiosa que la aparta de los ajeteos y escándalos. Se entera de la mala salud de los infantes, de la muerte de los varones herederos de Fernando e Isabel, del repudio de Enrique VIII por Catalina, de la muerte de Isabel la Católica. Otra vez el trono de Castilla está vacante. Felipe, al que apodan el Hermoso, viene con Juana a la que le dirán La Loca a reclamar el trono a favor de su esposa.

□ Fernando quiere evitar a como dé lugar que el trono de Castilla quede en manos de un Hapsburgo. Viaja a Coimbra y le pide matrimonio a la Beltraneja. Ella evidentemente lo rechaza. Murió monja. Murió soltera. Murió sin corona, pero ella siempre se tituló soberana de Castilla y rubricó sus documentos como Yo, la reina. Una historia peculiar de una mujer que vivió envuelta entre escándalos e intrigas palaciegas.

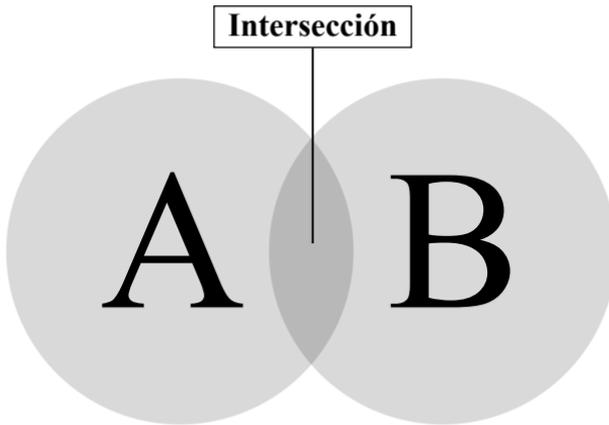


Paúl Núñez

Geometrías

Cecilia Durán Mena

Dios dijo: Háganse las clases sociales y respétense.
Grafiti leído en la ciudad de Morelia, Mich.



1.

Ambos están sentados en la terraza del club universitario en una mesa con vistas a las canchas de tenis. Ambos son consejeros en varios órganos de gobierno de empresas familiares. A uno no le cae bien la otra y es bien correspondido. Se respetan, pero no se simpatizan. Es curioso, tienen que compartir y departir en terrenos sociales y profesionales. ¿Juegas tenis, verdad? No con la frecuencia con la que me gustaría hacerlo, pero soy apasionada del deporte. El sonido tan particular de la bola que bota en el terreno de arcilla y choca con la raqueta les sirve de música de fondo. Él levanta la taza de café y suspira. Ella se prepara para escuchar. Sé que te encanta y que entiendes bien los modos del tenis, ese decálogo sencillo y detallado de cómo se debe jugar respetando las reglas establecidas del encuentro incluyendo cada detalle. ¿Verdad? Es curioso, este deporte tiene pautas que lo mismo se aplican para la vida y para los negocios. ¿No crees? Ella frunce la boca, sí, sin duda, no sabe qué rumbo va a tomar la conversación. No le gustan las metáforas.

Prefiere no apresurarse y deja que las cosas vayan tomando su propio ritmo. Vuelve la mirada a la cancha y a los tenistas que están jugando de fondo. ¿Sabes lo que pasa cuando un contrincante se acerca a la red para golpear la pelota? A ella le molesta que él tome este tono condescendiente, pero contesta: está optando por abandonar el juego pasivo y decide ser ofensivo. Él se mira las manos: sí, sí, ofensivo, efectivamente, así es. Me alegra que nos vayamos entendiendo, pero si se pasa del terreno, si no frena a tiempo, si toca la red con el cuerpo o con la raqueta... Pierde el punto.

2.

La nota que ocupa las páginas de sociales del Amanecer de Morelia dice así: La vida de los González Millalón es como una película, son la familia modelo. Don Enrique González y Doña María Millalón se casaron y procrearon cuatro hijos. Son originarios del pueblo de Changuitiro, Michoacán y se establecieron en la capital hace más de veinticinco años. Son empresarios destacados. Empezaron su imperio con un salón de fiestas infantiles y se convirtieron en los amos de los eventos y las ceremonias en el país. Tienen más de cuatrocientas salas de banquetes en México, España e India. El auge empresarial llegó con el cambio de generación, en la década de los setenta cuando Marco Antonio —el papá de la novia— tomó las riendas del negocio y lo transformó en una verdadera corporación. Dejó de ser un negocito familiar y lo convirtió en una organización profesional con todos los elementos de gobierno corporativo que requiere un negocio de semejante envergadura.

Los González Millalón son un ejemplo para la sociedad michoacana, siempre han sabido permanecer unidos, preservando los valores familiares. Doña Mariquita va a misa todos los días, don Enrique la acompaña junto con hijos y nietos cada domingo y es por todos sabido que están muy comprometidos con las labores de la diócesis. El obispo le ha dado la Primera Comunión a todos los pequeños de la familia y para nadie fue extraño que su Eminencia en persona fuera quien concelebrara la boda de la primera nieta que contrajo matrimonio. La concurrencia a la fiesta estuvo compuesta por lo más refinado de la sociedad. El señor gobernador comentó para este medio que la gala había sido una evidencia más de porqué los González Millalón eran los reyes del ramo. Florencia y Juan, los recién casados, vivirán en la Ciudad de México al regresar de su luna de miel.

3.

Ay, Mariquita, qué boda tan bonita, felicidades. Todos se ven tan guapos, tan bien presentados. La novia, chulísima. Qué bueno que el novio se integra a trabajar a la empresa. Todo en familia, que bueno, que lindo. ¡Ay, no,no,no,no,no! Lo que también me dio mucho gusto, no creas que no me fijé, fue que la Chatita anduviera tan contenta, a pesar de que su hermana menor se casó primero que ella. Ay, Mariquita qué bueno que las nuevas generaciones ya piensan diferente, ¿no? Te digo, me dio gusto ver a la Chatita baile que baile con ese muchachito. Los dos abrazaditos y de la manita toda la fiesta. ¿Es su novio, verdad? Seguro, lo conoció en México, ¿verdad que sí? Oye, ¿quién es? Seguro ya sabes de que familia viene, ni modo que no sepas que pato puso ese huevo, ¿verdad? Ay, Mariquita, qué bueno. Todo les salió muy bonito. Felicidades. Ahora a cuidar que Juanito se porte bien con Florencita y ojalá que la Chatita formalice pronto. Se ve tan enamorada. Ay, qué bueno. Ni modo que se nos vaya a quedar para vestir santos. Felicidades, Mariquita, a ustedes todo les sale requetebién.

4.

¿Puedo pasar, abuelo? Sí, Chatita. Siéntate, aquí, juntito a mí. Mira, ¿te acuerdas de tus clases de geometría? Fíjate, bonita: ¿ves este dibujito que estoy haciendo sobre la servilleta? Es un círculo. Los círculos son figuras cerradas y tú, mi niña, eres muy inteligente para entender lo que significa afuera y adentro. Si dibujo otro círculo, cerca del primero, así como este, quedan dos pedazos que no se tocan y una parte que comparten, ¿ves? Sí, abuelo. Mira muy bien: tú estás en el 1 y el muchachito está en el 2, mira. Me gustaría que estuviera en el medio, pero está en el dos. Eso significa que 1 puede jugar con 2 todo lo que quiera, puede divertirse todo lo que quiera, pero siempre seguirá siendo 2, ¿queda claro? En la vida, mi hijita chula, hay que pasarla bien, pero hay que entender las reglas del juego. ¿Entiendes, no? No, nenita, no hagas pucheros, enjúgate las lagrimitas. Oye, ¿no te gustaría ir a estudiar a París?

5.

Los jugadores siguen pegándole fuerte a la pelota y corriendo de un lado al otro de la cancha de tenis. Oye, ¿qué te pareció la boda de Florencia y Juan? Ella contesta con sinceridad: Espectacular. ¿Viste a la Chatita? Sí, qué casualidad, fue acompañada por el hijo de Elías, uno de mis compañeros de la universidad. Así es, dice, se mira las uñas y

se acomoda la corbata. La mira y le pregunta: ¿tienes mucho tiempo de conocerlos? Sí, muchos años. ¿Quiénes son? Cuéntame. ¿Qué quieres saber? Déjate de cosas, a mí poco me interesa, Don Enrique es el que pregunta. Ella mira a la cancha y suspira: no hay mucho que decir, Elías Levy es hijo de maestros de la universidad que llegaron de Chile exiliados a México. Rafael, así se llama el acompañante de la Chatita, es la segunda generación de investigadores, él ya nació en México... Dile que se aleje, ya, la interrumpe. ¿Cómo? Me oíste perfectamente, habla con el padre, con la mamá, con él o con la familia entera. Es una petición de Don Enrique. Hazlo, no digas más, hazlo y todos tranquilos. Hazlo antes de que la raqueta toque la red y el chico pierda el punto. Ah, antes de que te vayas, ¿a dónde te deposita? Yo no cobro por hacer favores. No te preocupes, éste lo vas a tener que facturar. No es pregunta.

6.

La Chatita se sienta en el café, pide un capuchino y mira el reloj. La Opera de Garnier se ve imponente esa tarde. Tal vez sea la emoción de ir a escuchar a Turandot. El acertijo que no puede descifrar le da vueltas en la cabeza. Todos los hombres son iguales, Elías también se fue sin decir adiós. ¿Qué estoy haciendo mal?

Parasomnias

Andrea Fischer

1. *Adormecimiento*

No quiero que anochezca. No quiero arroparla en la cama. No quiero emparejar la puerta de su cuarto con una sonrisa después de desearle buenas noches, aunque seguramente ya no me escucha. La oscuridad trae consigo un manto turbio y pesado. Soy su madre: la conozco perfectamente. La manera en la que los ojitos se le cierran cuando vamos a la mitad del cuento antes de dormir; la fuerza cansada con la que abraza sus cobijas cuando la está venciendo el sueño; el tintineo suave de pestañas, que indica que la vigilia está por terminar. No te duermas, por favor, no te duermas.

2. *Sueño ligero*

Yo tardo unas horas más en cerrar los ojos. Sé lo que se viene. Me gustaría poder prevenirlo: tomarla de las manos —tan chiquitas, tan de niña— y volverla a acostar. Pero de nada sirve. Así que sólo me queda revolcarme en la cama, tomar un libro, encender la televisión para escuchar las últimas noticias del día. No te duermas. Y con estos acontecimientos nos despedimos de usted. No te duermas. Sintonícenos mañana, en el mismo horario, en el mismo canal. ¡Que no te duermas, por favor, no te duermas!

3. *Transición*

Generalmente me asomo a su cuarto como a las nueve de la noche. Para asegurarme de que no ha habido cambios. De que está tranquila, de que puede dormir bien. Ya está oscuro, pero me da cierta serenidad verla acostadita, como un bulto debajo de las sábanas. Escucho su respiración acompasada y me permito un momento de descanso. Todavía no pasa. Todo va bien. Puedo regresar a la cama por el momento. Total, estamos a un pasillo de distancia. Si hay algo, lo voy a saber. No te duermas, te digo que no te duermas.

4. *Sueño profundo*

La novela que estoy leyendo me cae como cemento sobre los párpados. Que si ya se acostó con otro, que si la Revolución Rusa, que si el Comunismo y quién sabe cuánta cosa. Los rusos son complicados: me caen pesados, pesadísimos. El realismo arrulla entre rollos de tinta rasposa, espesa, como el oleaje turbio de invierno. No te duermas. Y el susurro de las olas se confunde con la voz de un omnisciente que te arroja hacia el otro lado del sueño. No te duermas. Y el frío de los últimos meses del año hace que las sábanas sean corazas cálidas. No te duermas.

La puerta se abre.

5. *Sueño paradójico*

Tiene el pelo sobre la cara. No se le ven los ojos, pero sé que los tiene abiertos, en blanco. Balbucea en algo similar a arameo antiguo. Me llama. Camina con pasos erráticos al borde de la cama. Los pasitos caen sobre el piso de madera como gotas pesadas sobre el vidrio de la ventana. Granizo en forma de niña, que no sabe lo que dice, que no sabe lo que hace y que me llama. Hijita, regresa a tu cuarto, le digo. Hijita, dame la mano. No contesta. Tiene la boca abierta y le escurre un hilo de saliva por la comisura izquierda. Se acerca a mi lado de la cama. Estoy cubierta hasta la nariz por las cobijas. Eres su madre. Haz algo. Pero no puedo. Ella balbucea y no le entiendo. Me paralizan sus ojos inflamados por el sueño. Blancos, completamente perdidos, con las pupilas corriendo de un lado al otro de la cavidad ocular.

6. *Coma*

Un grito. La niña se tropezó con alguno de los cables de mi computadora, que dejé conectada. Vi su carita de confusión, y luego se soltó en lágrimas. No sabía en dónde estaba. No tenía manera. Entre suspiritos de angustia la llevé otra vez a la

cama. Y es todo. Ése fue el episodio de la noche. Son apenas las diez. La casa se envuelve en silencio nuevamente. Todavía tengo oportunidad de encerrarme en el cuarto. Todavía puedo soñar con sus ojitos hinchados. Todavía puede visitarme cuando cierre los ojos.



La hora gris

Virginia Meade

Conducía por una avenida del sur de la ciudad en el peor momento del día cuando el sol empieza a agonizar y la luz languidece, parece que la vida se detiene por un momento esperando que la noche nos libere de la hora gris. El alumbrado público se encendió, aunque aún no sirva de nada. La luz verde me dio el síga y avancé. De reojo me di cuenta de que un camión de pasajeros invadió impudicamente los carriles y me embistió como un toro. El golpe lo recibió la camioneta en la defensa trasera. La realidad se tambaleó igual que yo. Mi reacción fue frenar y dar el volantazo. El olor a llanta quemada invadió mi nariz. El impulso del golpe me hizo torcer la dirección hacia una calle que resultó ser de doble sentido. Giré el volante hacia el carril que me correspondía, mientras el sonido airado de un cláxon retumbaba en mi cabeza.

Cuando logré detener la camioneta, estaba confundida. Mi cuerpo temblaba así que apoyé la cabeza en el volante, sujeté las piernas intentando parar las sacudidas. Lloré. Las lágrimas y la baba se confundieron para luego mezclarse con mi maquillaje, dejé manchas surrealistas en los montones de kleenex que arranqué de la caja.

Al terminar, busqué el nombre de la calle en la que me encontraba, como si eso fuera un consuelo después de lo que había experimentado. Alcancé a leer: Bruno Traven. Miré las construcciones que me rodeaban, frente a mí un zaguán coronado por un letrero enorme donde lo que anunciaba parecía decir: Mudanzas. El resto había desaparecido. El edificio de junto, de tres pisos, me parecieron familiares. Me sentí ansiosa esperando confirmar que al final de la calle estuviera una gasolinera. Y ahí estaba. Busqué la tiendita de la esquina cercana. Seguía ahí. Bajé de la camioneta.

Me arreglé un poco la cara y el cabello. Mis piernas seguían temblando; entonces, caminé hacia el edificio. Junto a la puerta había un letrero de esos que se pintan con una plantilla, en letras azules se alcanzaba a leer el nombre de la calle: Bruno Traven número 22 antes Iztaccíhuatl 75. Era el edificio donde viví cuando era una niña pequeña.

La puerta se abrió. Una mujer rubia muy maquillada que traía un cigarro en la boca iba a salir; cuando me vio, se esperó para

que yo entrara. Me recibió la penumbra del vestíbulo. Busqué las escaleras. La sensación de lo conocido me golpeó. Subí el primer tramo sujetándome del medio muro que servía como pasamanos. Al dar la vuelta para continuar me detuve. La ilusión se convirtió en certeza. Frente a mí vi tres puertas. Nosotros vivíamos en el apartamento de la derecha. Una niña estaba sentada en el escalón más alto. Llamaron mi atención sus zapatos negros de traba y sus calcetines blancos. El vestido estaba primorosamente arreglado sobre sus rodillas. Ella abrazaba una muñeca, una negrita de paño, con un vestido rojo. La niña estaba muy quieta, apenas se movió cuando nos miramos. La reconocí enseguida: ¡Era yo!

Me cubrí la boca con las manos. No entendí lo que estaba ocurriendo, pensé que eran los recuerdos que rebotaban como pelotas luego de entrar al edificio, me quité los anteojos para limpiarlos. Me enfrenté a la mirada seria de la niña quien tenía su dedo índice sobre los labios. Yo sabía por qué ella estaba ahí. Esperaba a su papá. Dos días antes le había dicho a su mamá que él llegaría, pero ella no le creyó. ¿A qué hora había hablado la niña con él?, ¿cómo podría, si su marido estaba trabajando en Tabasco? La madre le contestó que se sentía así porque lo extrañaba.

Aun cuando mi mamá dijo que faltaban meses para que él regresara a la casa, estaba segura de que ese día llegaría y quería recibirlo. Pregunté como debían estar las manecillas del reloj a las 6 de la tarde. Cuando finalmente la más corta estuvo cerca del seis, salí del departamento. Me senté en el primer escalón, acomodé la falda del vestido como me enseñó mi madre y abracé a mi negrita. No esperé mucho tiempo. Cuando se abrió la puerta, la luz de la calle iluminó todo. Vi su mano apoyándose en el pasamanos y luego la cara de mi padre, quien se sorprendió al verme y luego sonrió. Bajé los escalones y me acurruqué en sus brazos. Susurré: ya llegaste.

Cuando la puerta del edificio se abrió detrás de mí, sentí todas las emociones atoradas en la garganta. Miré a la niña quien estaba expectante. La luz del exterior la iluminaba y se veía muy quieta. Me pegué al muro. El hombre pasó a mi lado sin tocarme. Sentí que estaba muy feliz de ver a su hija, esperándolo. Pude ver el perfil de su cara, sentir otra vez la presencia paterna, el olor de su colonia y de cigarro.

Escuché que golpeaban el cristal de la camioneta, era un oficial de tránsito, me incorporé. Él me preguntaba si yo me sentía bien. Me sentía aturdida, pude responderle que estaba bien. Delante de la camioneta estaba una patrulla estacionada. Por el espejo retrovisor vi al camión de pasajeros que en el frente decía Bruno Traven, Eje 8, Tlalpan.



Paúl Núñez



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES



TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

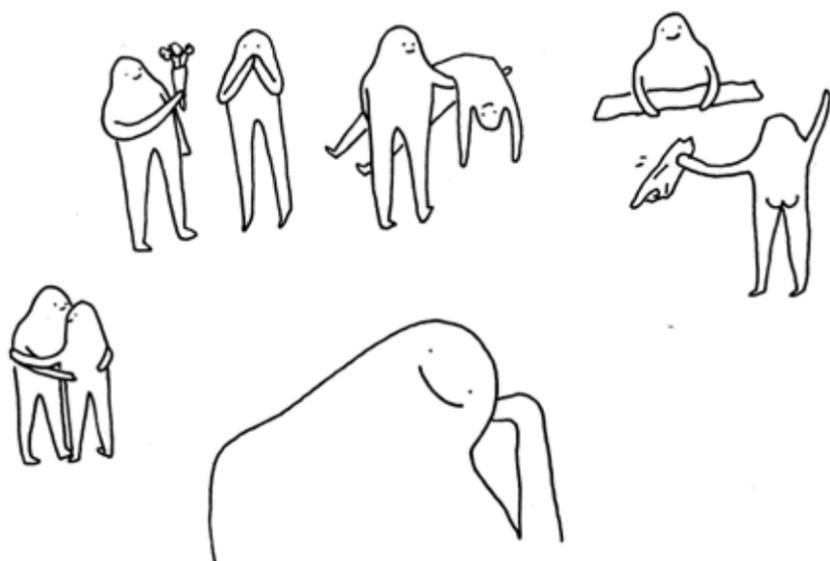
TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

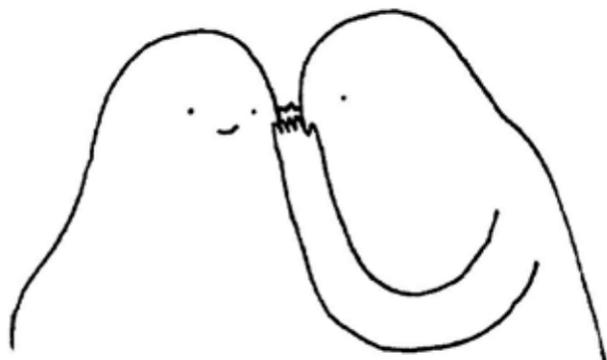
Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org



SÓLO EN MI MENTE NÓMAS
OCURRIERON TODAS ESAS COSAS

Sólo en mi mente, **Jennifer Frías**

QUIERO DECIRTE AL OÍDO



TANTAS COSAS PRECIOSAS

Quiero decirte al oído, Jennifer Frías



Autorretrato, Friné Alejo

DE CHIQUITO SIEMPRE
QUISE SER VAQUERO

POR: S. SAENGER



PODER RESCATAR A
DAMISELAS EN APUROS

DEDICARME A ATRAPAR
ANIMALES SALVAJES



Y TOCAR LA ARMÓNICA
BAJO LA LUZ DE LAS
ESTRELLAS

PERO SIEMPRE ME DIO PENA
DECIRLO, ENTONCES DECÍA QUE
QUERÍA SER "QUÍMICO FARMACOBIOLOGO"



AUNQUE EN REALIDAD
NI SABÍA QUÉ ERA ESO



HOY EN DÍA NO SOY VAQUERO,
PERO JUEGO MUCHO AL RDR
Y PROUVO DORMIR CON
WESTERNS DE FONDO FIN



Sin título, **Andrea Morlote**



Sin título, Andrea Morlote



Sin título, **Rodrigo Amaya Trucchi**



Sin título, **Rodrigo Amaya Trucchi**



Sin título, Loris Karam



Agüita en la calle, **Andrea Fischer**

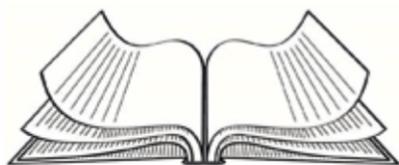


Luna, de Iliana Espinoza Rivera



CÒDIGOLIBRE

www.codigolibreradio.com



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

Con Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla
y Raúl Sanz

SIGUE SUS PODCAST EN



Listen on
Apple Podcasts



Spotify



Listen on
Google Podcasts

Escucha los programas todos los miércoles 22:00 hrs.

Encuentros

Francisco Duarte Cué

Soy cliente por el puro recuerdo y por eso mismo regreso a este restaurante cada que puedo y siempre con la ilusión de repetir un encuentro ya algo lejano. Porque la verdad, ni es tan buena la comida y los precios están, casi siempre, apartados de mi cartera.

Resulta que ahí nos conocimos y también ahí, coincidimos en varias ocasiones, que les permitieron a nuestras almas encariñarse y disponerse a una búsqueda de una mayor seriedad; de esa manera formal que, cuando cierta, tanto gusta.

Había entre nosotros una especie de sentido adicional que nos llevaba a coincidir a media tarde, los lunes, para tener una cena tempranera y retirarnos temprano. Siempre fueron momentos de lo más agradables, de lo más reparadores y de lo más esperados.

Llevo, con el de hoy, tres intentos para lograr otra de estas coincidencias y no lo he conseguido. Me decido a preguntarle por ella a Alex, el capitán de meseros, con la curiosidad de que, tal vez, hubiera cambiado de día de visita. Amable, me contó una historia que a propósito acortó y tras la cual decidí retirarme tan rápido como pude. Dejé la mesa puesta y al mesero esperando.

Con lo que dejé de pagar en esta última visita, alcancé a publicarle una esquila en el periódico.



Paúl Núñez

La llama de una vela

PoesisXIX

**La llama de una vela, de Gastón Bachelard, en referencia a la poética de la creación literaria.*

Tengo la costumbre de encender una vela de cumpleaños y escribir sin parar hasta que ésta se haya consumido o apagarla cuando el fin de mi texto lo indique. Si la llama se extingue antes de consumirse la cera, es señal de que mi escrito no va por buen camino, y debo de reconsiderar mi obra.

Un día encendí una vela que jamás se terminó; primero un viento, proveniente de una ventana abierta, la apagó un par de veces. Para evitar ese problema cambié la luz de sitio, junto a mis otros escritos. Entonces comenzaron a arder poemas, cuentos y el conato de una novela.

Cuando por fin se apaciguó el incendio, sólo logré rescatar la cera, que milagrosamente aún se conservaba.

Fue esta, quizás, la crítica más severa que he recibido, y como soy muy orgulloso, a partir de ahora escribiré con las luces encendidas.



Paúl Núñez

Sin filtro

Martha Patricia Olmos

Pongo mi pecho para que tu energía se filtre en mi interior, a ver si esta vez me lo permites, que recorra mi esencia, que choquen los fluidos, que se mezclen. Soltemos lo racional.

Empecemos hombre y mujer y dejémonos llevar hasta donde alcance el surrealismo.

Percibe cómo mi femineidad se ciñe a tu alma, cómo te muestra mi calidez. Imagínate lo que haría mi cuerpo.

Vayamos a la ciudad de cristales azules, que sólo tú y yo conocemos. Despojémonos de suposiciones y ropas. Acercuemos nuestras esencias.

Deambula por mi cuerpo, incítalo para que juntos recorramos un sinfin de colores. Crearemos una nueva alquimia alineando los sentidos, gozaremos su evolución, sin premura, sin buscar una respuesta clara ni definitiva.



Paúl Núñez

Tamales oaxaqueños

Iliana Espinoza Rivera

«¡Acérquese y pida sus ricos tamales oaxaqueños! ¡Hay tamales oaxaqueños, tamales calientitos!», pregonaba el altavoz, mientras la bicicleta amarilla rodaba en zig zag. La propuesta, igual que el resto del bullicio urbano, se comprimía contra mi ventana. Me asomé y hallé la noche muy fría, profunda, así como ilógico salir detrás del tamalero. Contemplé los árboles mojados y los destellos bajo el desganado alumbrado público: las hojas que escurrían, la calle, los techos, las gotitas prendidas del cableado, como cuentas de un collar. El día se había ido demasiado pronto y la oscuridad sería larga y melancólica.

Dejé la ventana y volví al interior de nuestra casa. Miré a Alonso, que leía. Había leído durante la breve tarde y continuaría hasta la medianoche. Ayer, cuando regresé, también leía, y en eso lo dejé cuando me quedé dormida. También lo hizo el sábado, pero el viernes no. El viernes, en cuanto regresó de la universidad, comió con cierta prisa y se puso a escribir en obediencia a un poderoso designio, tal vez hasta el alba.

Alonso me interesó por admiración, con sus bonitos pantalones y sus sacos de pana, a veces adornado con una boina inútil. Admiración de su mirada perspicaz, su rostro equilibrado, su palabra oportuna y reveladora, pero, sobre todo, sus manos, de largos dedos siempre bien colocados en los objetos. Dedos hábiles. Él no haraganeaba ni en las filas: cargaba un libro bajo el brazo y, durante cualquier vacío de actividad, lo abría y continuaba su lectura. Tenía una bella colección de separadores, que le regalaban sus amigos y alumnos. Los guardaba en una caja que yo le di con ese propósito. Al terminar otro libro, se acercaba a la cajita, guardaba el separador y escogía uno distinto, de inmediato lo acercaba al nuevo libro, y así. Era ya un ritual,

otro más. Sí, me resultaba un hombre interesante y me sentí muy halagada el día en que posó su mano izquierda en mi espalda, y confíe en una correspondencia. Por supuesto, jamás dejará de parecerme atractivo, con ese cuerpo delgado, pero fuerte por los cuidados alimentarios y la adherencia al uso de la bicicleta. Quién sabe cuánto tiempo será así.

Me senté. Seguí observándolo de reojo y recordé el inicio, aquella mañana que lo encontré por casualidad en un café, de lo más trivial. Llegó poco después de mí y bebió su ristretto en la barra del local mientras revisaba el periódico, para luego retomar la lectura del libro en turno. No me notó. Yo tomaba una bebida dulce con café, al tiempo que lo contemplaba en modo furtivo. Yo sola, él también. Allí se quedó cuando me fui. Y en mi partida, tomé la resolución de solicitarle amistad en mi red social favorita, de esas que trafican con los datos personales. No sé si me aceptó porque se acordara de mí vagamente, o solo porque lo justificaran los amigos comunes. Cultivé su curiosidad, al dar cientos de “me encanta” a las publicaciones de su muro y al retar sus comentarios acerca de la decadente sociedad motorizada, siempre menos educada y más necesitada de la lectura. A veces era como actuar de manera mecánica ante los posts de la supuesta librería Gandhi. No obstante, el objetivo fue alcanzado y allí estaba yo, allí estaba él, juntos en esa oscura y fría noche, amenizada por «el panadero con el pan» y la disponibilidad de tamales.

Con el paso de los meses había comenzado a cuestionarme el valor de esa unión, que fue difícil, de mucho análisis y un balance estricto de ventajas y desventajas, en que él había decidido cuidadosamente. Tantos años atrás deseé dejar de vivir en la soledad que amplificaba mis pensamientos, tantas veces había querido sentir el tacto de un ser vivo distinto de mi gato y diez veces más había anhelado escuchar la respiración de otro ser humano, únicamente para constatar que no me encontraba sola en

el interior del féretro de mi cama. Bien, para aquel nuevo presente, mis pensamientos divagaban en torno a Alonso, sentía el tacto de un gato más, el suyo, y lo escuchaba teclear vivamente en medio de la noche, escribiendo a un ritmo asombroso.

Mientras lo observaba, germinó en mi cabeza una ortiga de desagrado. Lo seguí mirando y sentí envidia por sus dedos hábiles, que sostenían veinte diferentes libros en una semana y que escribían, escribían. Visualicé sus pertenencias, siempre en orden, en un odioso orden. Todo en él era medido, controlado, circular. ¿Cuál era mi papel en esa vida suya, perfecta? Yo era dispensable por completo. Esa conclusión me confrontó con la inquietud de ser alguien que podía empezar veinte cosas y terminar gloriosamente una. A su lado, una y otra vez palpaba, con frustración, mi cuadratura. Su esencia, su constitución despertaron en mi boca un sabor amargo que congeniaba con la noche oscura. Me pregunté si sería mejor concluir esa relación basada en el álbum de las caras falsas y seguir, de manera más genuina; sí, emprender una relación verdadera.

—¿No meriendas? —me preguntó sin levantar la mirada de las páginas, con un tono cálido y gentil, con su voz sincera brotada desde muy adentro del pecho.

—Eh... No sé qué se me antoja...

—¿Quieres un tamal?

—Eh... Bueno.

Sin más, colocó un separador entre las hojas de su libro y se levantó de prisa. Se puso la boina y salió corriendo, sin suéter, a cumplir su ofrecimiento. Cuando escuché la puerta cerrarse, me asomé a la ventana. Todavía con dureza en mi espíritu, eché un vistazo con disimulo de mí misma. Alonso apareció en la

calle, en medio de la noche húmeda, en persecución detrás del tamalero. Lo vi doblar en la esquina, perderse; ausencia de él que me dolió. Y en un clic volvió a ser mi héroe, por su espontánea carrera motivada por los antojos. Se detuvo mi respiración, hasta que logré derrumbar la pila de mis emociones conflictuadas y nació una lágrima de gratitud. ¡Cuánto deseé que mi compañero regresara pronto, con la vaporosa hazaña entre sus manos! A pesar de mis objeciones, Alonso parecía un hombre bueno y, en esa ocasión, era lógico merendar tamales.



Paúl Núñez

Veladoras

Susana Corcuera del Río

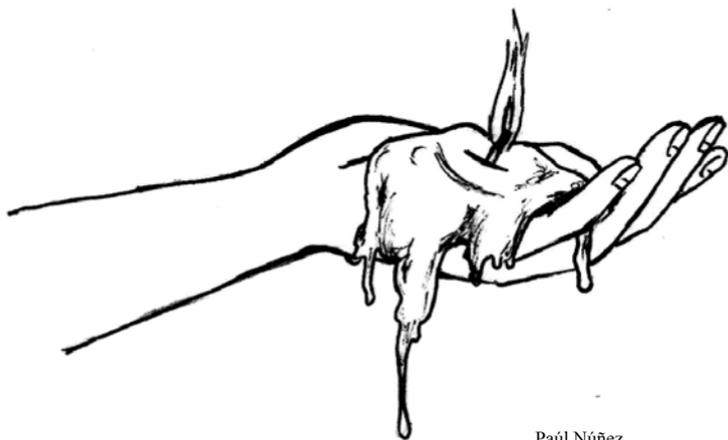
Clara duerme en una habitación llena de veladoras, se lo pidió su padre antes de morir. El brillo ambarino que se cuele por las rendijas forma un manto cada vez más largo y en las mañanas, cuando Clara sopla sobre las mechas, el humo llega a la cocina.

Vive con su madre en una casa donde la madera cruje y las ventanas rechinan. La única persona que las visita es un hombre obsesionado por su piel. Si le permitiera tocarla, si pudiera acariciar su pelo y sus ojos pálidos lo miraran... Clara se apoya en el marco de la ventana para ver a los patos que tanto le gustaban a su padre y soñar con las tardes en que los desplumaban juntos y sus manos se rozaban.

¿Qué buscas, Clara?, la voz del hombre la regresa al mundo donde su padre ha dejado de existir. Se separa con un suspiro del marco y el hombre encuentra una excusa para pasar la mano por la madera donde estuvieron sus brazos. La madre la observa encender una vela y subir con ella a su habitación. Cuando se pierde de vista, el hombre ahueca las manos y huele la cera que recogió del marco.

En la soledad del ocaso, la madre prepara algo de comer. Nada que recuerde el pasado, pan y un poco de queso, aceitunas... pero ha olvidado cerrar la ventana y el graznido de los patos es atroz. Cómo le tiemblan las manos, qué esfuerzo cortar el pan. Extiende el mantel sobre la mesa y el verde la tranquiliza. Cubiertos opacos, que nada refleje la luz. Clara, mi niña Clara... le cuesta pronunciar el nombre que su marido manchó, por eso su voz suena dura cuando la llama a cenar.

En la habitación de las veladoras, las llamas recrean la historia de una joven que esperaba desnuda a su padre en las noches de invierno. Era un juego, les dice Clara a las sombras, ustedes estaban conmigo. El tiempo trascurre sin prisa. Lentamente, Clara se unta cera en el cuerpo, su madre solloza despacio, sin ganas se aleja el hombre obsesionado por la piel sin manchas. Era un juego, mienten las sombras.



Paúl Núñez

Fue lo que dijo

Scarlet Oliva

El mar, dijo, el mar es lo más aterrador que existe. No lo entendí esa tarde en que juntos mirábamos un programa sobre arrecifes de coral, pero sí hoy, ahora, atrapado en el fondo del océano, rodeado de peces y sin nada más que hacer que esperar. Es lo peor, creo, esperar a la muerte, esperar que el oxígeno de mi tanque se acabe o esperar, más bien rezar, por que una corriente tan repentina y fuerte como la que me atrapó aquí, aparezca y me libere. Sólo puedo esperar y pensar en algo más para callar este silencio. Es gracioso, aprendí a nadar a los cuatro años y nunca me gustó patear o salpicar como a los otros niños, no, a mí me gustaba sumergirme porque el ruido desaparecía, no importaba si era en la tina, una alberca o el mar, si me hundía lo suficiente no podía escuchar nada, ni a mi padre diciendo que no era suficiente o a mi hermano mayor siempre en busca de pelear con alguien que sí pudiera vencer. Bajo el agua encontré la paz del silencio que me está volviendo loco ahora.

Toma, dijo, toma y sostenla sobre tu herida.

Él. Claro que ahora sólo puedo pensar en él, en el día que nos conocimos, en las primeras palabras que me dijo afuera del café donde trabajaba en ese tiempo. Negué su ayuda al principio, pero al final acepté la lata de refresco que más tarde tuve que pagar. Tuvo razón, necesitaba algo frío para mi ojo golpeado. En realidad siempre tiene razón y le encanta, le encanta decirme que con él nunca podré ganar una discusión, no importa si hablamos de cuidados después de una pelea callejera o si debería tirar la basura, cosa que nunca hace. No, él cocina y lava los platos y barre después de recordarle que debe hacerlo, pero nunca tira la basura.

Si tirara la basura, dijo, si tirara la basura tú no harías nada en la casa.

Siento algo rozar mi hombro y me sorprendo de ver una barra morada flotar junto a mí. La tomo antes que se aleje demasiado y me doy cuenta que se trata es una prueba de embarazo, aunque no sé qué significan las dos líneas casi desdibujadas del aparato. Me pregunto en qué situación a una persona le pareció buena idea tirar una prueba de embarazo al mar. ¿Tal vez, en un barco, en su aniversario una mujer le dijo con ilusión a su esposo que finalmente lo habían logrado, serían padres, y el hombre de tan feliz que estaba, la cargó y dio vueltas con ella provocando que la prueba con falso positivo cayera por la borda? ¿O a la orilla de la playa cuando una mujer joven supo que no tenía nada de ese

hombre, se sintió libre y aliviada y tiró la prueba lo más lejos posible para nunca volver a pensar en él? ¿O dos mujeres estaban de vacaciones y una encontró la evidencia de que recientemente su novia le había sido infiel y más atormentada por la idea de quedarse sola, decidí deshacerse de la prueba y la idea arrojando ambas por la ventana del camarote? Pero no importa, creo, cómo terminó esto aquí, lo importante es que aquí está. Respiro profundamente y sin mucho más que hacer, muevo mi mano libre con la prueba de embarazo entre los dedos para crear una línea de burbujas que espanta a los peces a mi alrededor.

No quiero, dijo, no quiero acercarme a esa cosa.

Esa cosa, como si fuera una lata vieja o un bote de basura y no el más grande y profundo misterio del mundo. He escuchado que el hombre sabe más del espacio que del mar, y no lo culpo, si es aterrador estar aquí no imagino más abajo, donde la oscuridad es total y tal vez lo que roce tu hombro tenga más dientes o veneno que una prueba de embarazo. Miro a mi alrededor y después la superficie. Dios, por qué eres tan cruel y haces parecer que mi salvación está tan cerca cuando no es así. ¿Es para darme esperanza hasta el último momento? ¿Para que la vea y piense: tranquilo, alguien vendrá y te verá ahí atrapado y bajará a salvarte? Estiro la mano en un intento inútil pero necesario de alcanzar los débiles rayos de sol que alcanzo a ver. Antes de lanzarme del bote vi el agua tranquila y el cielo gris reflejado en ella y sentí un escalofrío que ahora, creo, fue más bien una advertencia de Dios que me rogaba decirle al guía que regresara a la orilla y al hotel para hundirme en la bañera y pensarlo mejor. Pero como un imbécil, preferí escuché a esa otra parte de mí que siempre buscó satisfacer a mi padre en vida, que me metió a tantas peleas innecesarias porque quería ganar, y, después de conocerlo, que nunca dejó de buscaba una oportunidad, la que fuera, para demostrarle que por una vez no tenía razón.

¿Puedes comprar bloqueador cuando regreses?, dijo. Fue lo último que me dijo.

Ahora lo imagino, recostado junto a la piscina, bajo una sombrilla, siempre de espaldas al mar. Le teme, en realidad le aterra la simple idea de estar tan cerca y por eso evita mirarlo y no sé por qué, nunca le pregunté si de niño tuvo un accidente, sé que creció cerca del mar y pudo haber caído y casi ahogado, o uno de sus hermanos sostuvo su cabeza bajo el agua y él no escucharía el reconfortante silencio sino la desesperación de sus gritos. Pero nunca lo sabré, creo, porque confíé en que podría hacerlo otro día, que tendría tiempo, que tendríamos tiempo. Dios, ¿por qué no nos dan un indicio, uno más claro que un escalofrío en la espalda para saber cuándo será la última vez que harás algo, que verás a alguien o que tomarás la última decisión estúpida?

Suelto la prueba de embarazo y permito que la arrastre la corriente hasta donde no pueda verla. Espero que la mujer esté bien, con bebé o no, que sea feliz y que si hay alguien a su lado la ame y le diga todas las noches lo importante que es y lo mucho que quiere que esté a su lado y que no le importan sus miedos extraños o que no tire la basura o que siempre deba tener razón, la ama y lamenta tanto no haber podido llevarle bloqueador porque sabe lo mucho que odia quemarse. Dios, quisiera quitarme el visor para limpiar mis ojos antes que las lágrimas comiencen a empañarlo, pero temo que si lo intento explotarán en un segundo y si encuentran mi cuerpo prefiero que sea completo, no quisiera que él me viera de otra forma. Conforme mi visión se ve limitada, me doy cuenta que los peces se han ido, estoy solo y nadie va decirme que me ama o que soy importante o sostendrá mi mano para calmar mi acelerado corazón.

El mar, dijo, el mar es lo más aterrador que existe.

Y, como siempre, tuvo razón.



Eduardo Caballero

Una manda pendiente

Eduardo Caballero D.

Estaba muy cansado, pero sabía que no podía detenerme nuevamente. Los pies los tenía llenos de callos y los tenis estaban deshechos. Ya no tenía hambre. La naranja que me habían regalado en el último puesto hizo que me dieran las fuerzas suficientes para seguir. Oscurecía y San Juan se veía cada vez más cerca.

Aunque cada paso que daba parecía como si tuviera plomo en los pies. Las rodillas estaban a punto de estallar y mi cabeza no hacía otra cosa que pensar estar frente a la Virgen para cumplir con la manda que tenía pendiente desde ya varios años.

Algunas personas rezaban y otras guardaban silencio. Otras se quejaban y otras platicaban. Yo sólo pensaba y pensaba. Y justo cuando me encontraba más abstracto en mis pensamientos, alcancé a escuchar los pasos de alguien que caminaba lentamente.

Era una chica, que traía una cobija por la espalda y un pañuelo en la boca. Se veía triste y con la cara llena de polvo, esto hacía que se viera un cuadro todavía peor.

¡Ya mero llegamos, échale ganas!, le decía mientras la emparejaba en el camino. Pero como respuesta solo obtuve su triste mirada. No me decía nada con su voz. Pero alcanzaba a leerle el pensamiento. La manda por una enfermedad en su casa, la hacían una mujer fuerte que no pararía hasta estar frente a la santísima.

La rebasé y seguí caminando, quería acompañar a alguien, pero las personas que me habían tocado en el camino, pareciera que querían caminar solas, para poder rezar en paz.

Alcancé a unos jóvenes, y fingieron no verme. No estaba seguro si era por mi apariencia o simplemente porque andaban en su onda.

Decidí seguir mi camino yo solo. Mi mente estaba llena de tristeza y soledad. Aunque con la esperanza de estar cumpliendo mi manda.

Les platico, prometí hace más de ochenta años llegar con la virgen para agradecer la salud que le regresó a uno de mis hijos. En el trayecto, cerca de la ermita un tráiler, sin avisar nos llegó de lleno al grupo de sanjuaneros que caminábamos por la orilla de la carretera.

El ruido era ensordecedor. El llanto, los gritos, la gente retorciéndose entre las llantas. Yo no sentía nada. Me limpié la cara y fue cuando me di cuenta que mi cráneo parecía un rompecabezas.

Conseguí acomodarme un poco los huesos, pero mis piernas hicieron que volviera a sentarme, estaban echas pedazos, al igual que mi columna vertebral.

Desde esa noche, todos los días intento llegar hasta la virgen de San Juan. Cada año avanzo unos cuantos metros, pues la gente se asusta cuando me ve -los que consiguen hacerlo-. Los que me sienten, solamente me rezan y rezan, pidiéndole a la Virgen por mi alma, para que algún día me permita descansar en paz.



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Romina, Miguel Ángel Cortés

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,

Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.

Eloisa Valeria Martínez Carrillo, Iris Adame, Ángel Adrián
Garay Rivera, Daniela del Carmen Garce, Brand Hurrele

Cuarto de Guerra

Daniela Sánchez, Andrea D. Solano, Gabriel Villarreal,
Carolina S. Molina, Carmen Mondragón, Pablo Foncerrada.

Digital

www.porescrito.org

Ventas y suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

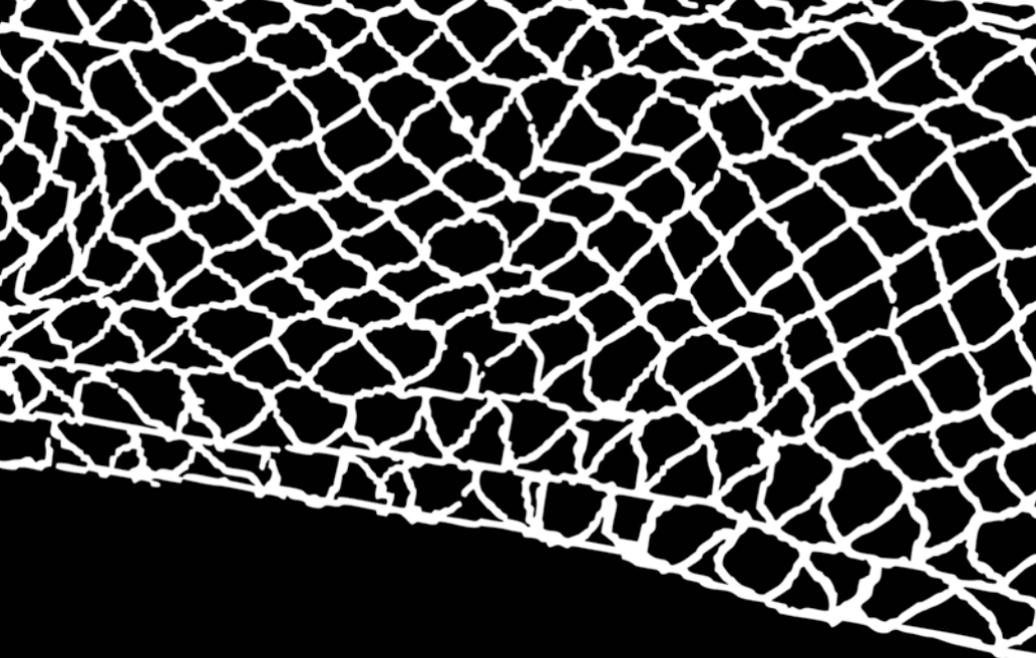


**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número veinticuatro. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.

Circulación Enero-Febrero de 2020.



**Estamos empeñados
en atrapar lectores...**

para **NUNCA** dejarlos ir



www.porescrito.org

*[...] Y en el juego angustioso de un espejo
frente a otro cae mi voz
y mi voz que madura
y mi voz quemadura
y mi bosque madura
y mi voz quema dura [...]*

Y mi voz quemadura
Xavier Villaurrutia



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir